

PARA COMERTE MEJOR

Nicanor Gil González

Día Internacional del Libro
23 de abril de 2022

Plan de Fomento
de la Lectura en Extremadura

Texto adaptado a Lectura Fácil
por la OACEX

PARA COMERTE MEJOR

Nicanor Gil González

© Junta de Extremadura

Dirección General de Bibliotecas,
Archivos y Patrimonio Cultural

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Dep. legal: BA- 000129/2022

Mérida 2022

© del texto: Nicanor Gil González

ÍNDICE

Para comerte mejor	7
--------------------------	---



Para comerte mejor adaptado a Lectura Fácil	13
--	----

Para comerte mejor

La vida no es lo que uno vive, sino lo que recuerdas y cómo lo recuerdas para contarla.

Gabriel García Márquez.

Nací en la calle Pasión, la calle más hermosa de la Puebla Alta. Una calle de puertas abiertas, de aleros voladizos, balcones con flores de mil colores y una fuente de aguas cristalinas. Una calle llena de vida, de aromas, de luz, de música y de mil historias que esperan a ser contadas.

Cuando nací, mi madre ya era viuda. Fue una tarde de diciembre, a esa hora que puede ser de día y de noche, cuando la luz se diluye y las nubes se sonrojan sobre el Risco Villuercas. No fue una hora corta y a punto estuvo de dar su vida por darme a mí la mía. Me crio mi abuela, una mujer fuerte de corazón tierno. Viuda prematura, como su hija y su madre, vivió media vida en los márgenes de la pobreza. Poseía el don que otorgan los dioses a sus elegidos para hacer grande lo pequeño y de lo poco mucho. Maravillosa cocinera y buena narradora, como mi otra abuela y todas las mujeres que habitaban la Pasión. Con ellas aprendí de memoria el romancero. *La loba parda, Gerineldo, La cristiana cautiva, Zagalita, La zarabandilla de mi vida, Los sacramentos* y tantos otros romances que aún cantamos por Navidad y cuando la ocasión se presta.

Más que una calle, la Pasión era para mí un mundo fantástico, un lugar en donde me sentía protegido. Mis vecinos eran mi familia y sus casas eran mi casa. Un territorio que me pertenecía.

En donde la calle se hace plazoleta, adosado al antiguo hospital, hay un poyo cómodo al que da sombra un hermoso parral. Propicia largas tertulias en las frescas noches del estío e invita al descanso a los que suben hacia calles más altas. Marianela hacía allí su descanso cada una de las veces que regresaba desde la plaza al Altozano cargada con dos pesados cenachos de esparto. Al principio yo la observaba desde una distancia prudente, con desconfianza, escondido en los soportales o en un zaguán cercano. Yo sabía que ella sabía

que yo la espiaba. Era alta, desgarbada, todo huesos, e iba tocada con un sombrero gris adornado con un ramillete de flores secas. Sus coloridos ropajes desentonaban con los de las mujeres de la calle, mi madre y mi abuela incluidas, que iban enlutadas de pies a cabeza, y llevaban recogido el pelo en un pañuelo negro. Con caramelos de las monjas me engatusó la primera vez, con un juego de magia, la segunda, y cuando ganó mi confianza me preguntó: ¿Quieres que te cuente el cuento de Caperucita Roja? Y aunque ya lo sabía, asentí con la cabeza. Sacó un pequeño libro del sayón y buscó la página. Marianela tenía la voz bonita y un gran talento para modularla según lo pidiese el relato. Además, se ayudaba con gestos y el atrezo necesario para atraer mi atención.

Imaginaba a Caperucita deambulando por los caminos y las calles que yo ya conocía. Escuchaba con la boca abierta, sin pestañear, cuando la dulce voz de la niña preguntó al astuto lobo disfrazado de abuelita por sus grandes dientes. Marianela tomó aire, hizo un silencio eterno, y por arte de birlibirloque tomó en la mano izquierda su dentadura postiza, haciendo grandes aspavientos, y gritó con voz grave: ¡para comerte mejor! ¡para comerte mejor! El niño que yo era corrió como alma que lleva el diablo buscando la protección de alguno de mis vecinos. A mis ojos, ellos eran gigantes inmortales, con la mirada limpia de los hombres de campo. Montados en sus caballerías parecían héroes que regresaban después de encarar las más temibles tempestades y derrotar a mil enemigos. ¡Por Dios, Marianela, no le metas el miedo en el cuerpo al chiquillo! Voceó Alfonso mientras desmontaba y me cogía entre sus fuertes brazos.

A pesar del susto en mi primer encuentro con la literatura, todos los días esperaba impaciente la llegada de aquella mujer. Cuando recuperaba el resuello volvía a abrir el pequeño libro y comenzaba a leerme algún cuento, relato, poema o romance de su rico y variado repertorio. Siempre se despedía al modo Sherezade: *Y esto no es nada comparado con lo que contaré el próximo día, si vivo y si el rey me conserva a su lado.* Y mientras ella desaparecía por la calle del Santo, yo sentía unas ansias irresistibles de vivir en aquellos mundos lejanos y fantásticos, y de repente, la Pasión se transformaba en la Isla de Mompracem, yo me reencarnaba en el mismísimo Sandokán, desenvainaba

mi temible sable y me abría paso a mandoblazos hasta rescatar a la Perla de Labuán de las garras de los malditos ingleses.

La única vez que me dejó ver el libro de los cuentos de cerca, fue para enseñarme una lámina. Me preguntó: ¿Qué es? Un sombrero como el tuyo, respondí. No, mira bien, dijo mientras pasaba página y me mostraba la siguiente lámina. ¡Eso es trampa! Protesté. No, es un trampantojo. Dijo ella. La vida está llena de trampantojos. En los libros aprenderás que lo importante no se ve con los ojos, que las apariencias te pueden hacer ver un sombrero, cuando en realidad se trata de una enorme boa que se ha zampado a un elefante. Durante mucho tiempo, cuando veía a alguien con sombrero, imaginaba a la terrible alimaña que cobijaba dentro, y temía que en cualquier momento se diera un festín con el cerebro del incauto que lo portaba.

Un día me atreví a preguntarle: Marianela, ¿y cómo pueden caber tantos cuentos en un libro tan chiquinino? Ella me respondió mientras lo guardaba entre sus ropas: cuando sepas leer lo entenderás.

Cuando aprendí a leer supe que Marianela no sabía leer. Que todos aquellos romances, los cuentos de Perrault o de las *Mil y una noches*, los fragmentos de *El Principito*, las peripecias de Ulises, o los poemas de Machado, los había aprendido de memoria escuchándoselos a un maestro con el que tuvo quereres en los tiempos en los que Marianela fue feliz. Poco antes de los años del miedo.

La Pasión estaba llena de niños, amigos con los que comencé a descubrir los secretos de la vida, los nombres de los pájaros, los territorios limítrofes, niños con los que jugué *al marro*, al *churromediamangamangaentera*, a la *peonza*, a los *bolindres*, con los que intercambié gusanos de seda y tebeos de *El Jabato*, de *El Capitán Trueno*, de *Mortalelo y Filemón*, *Zipi y Zape*, *Pepe Gotera y Otilio*, *Rompetechos* y *Rue 13 del Percebe*. Esos tebeos y un *Yo soy extremeño* desvencijado que rescaté de la quema fueron mis primeras lecturas placenteras.

Tuve maestros malos y buenos. De los primeros no me quiero acordar, a los otros, les estaré siempre agradecido. A modo de Georges Perec: me acuerdo de aquellas tardes de lluvia, en primero de parvulitos, con doña Petra, escuchando cuentos en un viejo tocadiscos; me acuerdo de las lecturas que nos

hacía Doña Pupe de *Corazón*, de Edmundo de Amicis, en tercero; y en cuarto, de los concursos de redacción que mensualmente organizaba doña Deme. Me acuerdo que ese año gané mi primer concurso literario, cuyo premio fue *El viejo y el mar*. “Se tenaz, como el viejo, y lucha por conseguir tus sueños” decía la dedicatoria.

Entre tanto mi madre se hizo socia de Círculo de Lectores y en mi casa comenzaron a entrar los libros. Por miedo a equivocarse y comprar alguno peligroso, pidió consejo a Juan de Dios, un pariente lejano, casi vecino, al que se le habían secado los sesos, como a don Quijote, de tanto leer. *La isla del tesoro* y *Miguel Strogoff* fueron los primeros pedidos. Él me enseñó todo lo que supe de química orgánica y a jugar al ajedrez en un bonito tablero, en donde la dama blanca era de marfil y uno de los caballos negros de ébano. Él fue el único que leyó un poemario infructuoso que escribí con intención de arañar el corazón a un amor de verano. A Juan de Dios no le sentaban bien las calores de julio y le ingresaban en Ciempozuelos. Regresaba por la Virgen, atontado, cabizbajo, con pesadez en la lengua. Según iba dejando la medicación se le iluminaba la mirada y recobraba la lucidez. La última vez que lo vi fue unos días antes de irme al internado. Juan de Dios me regaló *El camino*, y con las andanzas de el Mochuelo, el Moñigo y el Tiñoso, que eran las mismas que yo había vivido, marché por vez primera de la Pasión.

Ya en el internado, tuve la fortuna que me tocara en suerte a Simón Viola como profesor de literatura. Él me descubrió a Poe, a Herman Hesse, Dostoyevski. De tal manera que los primeros libros que compré con mis precarios ahorros fueron: *Narraciones Extraordinarias* y *El lobo estepario*.

Regresé de nuevo a mi calle cuando las hojas moribundas de castaños y robles coloreaban de nostalgia la serranía. Había pasado poco más de una estación, y yo ya era otro. Cuando pisé de nuevo las piedras de la Pasión tuve la sensación de que todo en ella era más pequeño, como si las casas y mis vecinos hubieran menguado. Por mi cumpleaños mi madre me regaló *Crimen y castigo*.

Eran tiempos en los que me recuerdo como un lector voraz e insaciable, *pasaba los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro*. Por entonces, todo estaba

por descubrir. Mi capacidad de asombro estaba intacta. Hay libros que te remueven tanto por dentro, que cuando los terminas ya no eres la misma persona. Ese verano leí *Pedro Páramo*, *A sangre fría* y *Cien años de Soledad*, en ese orden, y al terminar mis vacaciones, sentí la necesidad imperiosa de escribir, de contar mis propias historias, de ser escritor.

Compartí piso de becario con un ladrón de libros, compositor de palíndromos. Un tipo inteligente, pero atormentado, con el que jugaba al ajedrez las pocas veces que coincidíamos. Tenía una cazadora vaquera con doble forro y unos pantalones con muchos y grandes bolsillos perfectamente camuflados. En la Cuesta de Moyano y El Rastro estaban sus caladeros preferidos, aunque de vez en cuando, tal vez por el chute de adrenalina, también le gustaba desafiar los sistemas de seguridad de los grandes almacenes. Cuando regresaba con el botín, rellenaba una ficha con los datos de cada uno de los libros, a la vez que los marcaba con un sello que tomó prestado de una entidad bancaria a modo de exlibris. Un día me invitó a largarme del piso. Me caes bien, me dijo, pero necesito tu habitación, tengo que ampliar la biblioteca. Me compensó con una mochila llena de libros entre los que se encontraba *En el camino*, de Kerouac. Así conocí a la Generación Beat.

En fin, estos han sido algunos de los episodios que de una forma u otra me han conformado como el lector y como la persona que hoy soy. Leo y escribo para vivir más y mejor. Antes, buscaba respuestas en los libros. Ahora busco libros que me obliguen a plantearme preguntas, que siembren en mí las semillas de la incertidumbre, de la duda y del desasosiego.

Los libros te hacen ser inconformista, rebelde, te ayudan a tener criterio, a saber discernir, a decir no, en definitiva; te enseñan a pensar y a ser libre. Por eso los libros tienen sus enemigos en aquellos que no albergan dudas, en los que se creen en posesión de verdades absolutas, dogmáticos y fundamentalistas que niegan la diversidad de culturas, de creencias, de pensamientos. Aquellos, que a lo largo de la historia los han quemado porque comprendieron que los libros son peligrosos, fábricas de sueños en donde la frontera entre realidad y ficción es una línea sinuosa y difusa, y traspasarla un acto transgresor.

Cada vez que puedo regreso a mi calle, a la Pasión, a mi Ítaca particular, al paraíso perdido de la infancia. Busco reencontrarme con todos aquellos que ya no están y, a veces, me parece oír el eco de la voz de Marianela: *¡Para comerte mejor! ¡Para comerte mejor!* ¡Cuánto daría por volver a escuchar un cuento suyo!

El cielo en la tierra son esas pequeñas cosas, como leer un libro en un balcón de la casa que te vio nacer mientras una vecina hace la comistoria, bisbiseando una copla olvidada de la infancia. Al calor del comfortable sol de invierno.

Elogio

Para comerte mejor



Adaptación a Lectura Fácil del texto de Nicanor Gil González
Texto Adaptado por la OACEX

Este texto es un elogio al libro
por del Día Internacional del Libro.
Esto quiere decir que es un texto escrito
como reconocimiento a los libros.

Este documento está en Lectura fácil.
Las palabras difíciles están en **negrita**.
Estas palabras difíciles están explicadas
en cuadros al lado del texto.

Texto original:

Nicanor Gil González.

Adaptación a Lectura Fácil:

OACEX

Oficina de Accesibilidad Cognitiva de Extremadura.

Validación del texto:

Borja Carretero Pérez.



© Lectura fácil Europa. Logo:
Inclusion Europe. Más información
en www.inclusion-europe.eu/easy-to-read/

Para comerte mejor



Este año, el elogio
comienza con una frase
del escritor Gabriel García Márquez.
La frase es:

“La vida no es lo que uno vive,
sino lo que recuerdas
y cómo lo recuerdas para contarla”.

Elogio

Yo nací en la calle Pasión.
Es la calle más bonita de Puebla Alta.
Es una calle donde las puertas
de las casas están abiertas,
los balcones tienen flores
de muchos colores
y hay una fuente de agua muy transparente.
Esa calle estaba llena de personas,
olores, luces, música
y de muchas historias para contar.

Cuando yo nací,
mi madre ya era viuda.
Nací una tarde de diciembre.
Nací a una hora
que podía ser de día y de noche,
cuando la luz va desapareciendo
y las nubes cambian de color
al ponerse el sol.
Mi madre estuvo a punto de morir
cuando yo nací.

Me crio mi abuela.

Ella era una mujer fuerte

y con un buen corazón.

Se quedó viuda muy pronto,

como su hija y su madre.

Ella vivió mucho tiempo

casi en la pobreza.

Ella tenía el **don** de hacer grande lo pequeño.

Era muy buena cocinera

y contaba muy bien las historias,

como mi otra abuela

y como todas las mujeres

que vivían en la calle Pasión.

Don: es una habilidad o cualidad que tiene una persona.

Con todas estas mujeres

me aprendí el **romancero** de memoria.

Aprendí romances que aún cantamos

en Navidad o en cualquier ocasión.

Otros romances que aprendí son:

- La loba parda.
- Zagalita.
- Los sacramentos.

Romancero: conjunto de romances. Los romances son un tipo de poesía.

La calle Pasión era para mí
como un mundo fantástico.
Era un lugar donde me sentía protegido.
Mis vecinos eran como mi familia
y sus casas eran mi casa.
Era mi calle, mi lugar.

En la plaza de la calle,
cerca del hospital,
hay un **poyo** muy cómodo,
donde por un árbol
daba la sombra.

Poyo: es banco de
piedra pegado a una
pared.

En el poyo se sentaban personas
a hablar en las noches frescas de verano.
También se sentaban a descansar
las personas que subían las cuestas.

Marianela descansaba en el poyo
cada vez que volvía de la plaza
al **Altozano** con 2 cestos de esparto llenos.

Altozano: es el nombre
de una calle.

Al principio, yo la miraba desde lejos,
escondido en los soportales
o algún portal cercano.
Yo sabía que ella sabía
que la espiaba.
Marianela era alta,
muy delgada y llevaba un sombrero gris
con un ramo pequeño de flores secas.
El color de su ropa destacaba
y era diferente al color de la ropa
de las mujeres de la calle,
de mi madre y de mi abuela.
Ellas iban vestidas con ropa oscura
por el luto y llevaban el pelo recogido
con un pañuelo negro.

Marianela, para hablar conmigo la primera vez,
me dio caramelos de las monjas.
La segunda vez me hizo un juego de magia.

Cuando vio que yo confiaba en ella,
me preguntó:

- ¿Quieres que te cuente el cuento
de Caperucita Roja?

Yo conocía el cuento,
pero le dije que sí con la cabeza.

Marianela sacó un libro pequeño
y buscó la página.

Ella tenía una voz muy bonita
y cambiaba el tono
según el personaje de la historia.

Además, hacía gestos
y utilizaba objetos para contar la historia
y para llamar mi atención.

Yo imaginaba a Caperucita Roja
andando por los caminos
y calles que yo conocía.

Yo escuchaba a Marianela
con la boca abierta y sin pestañear,
cuando me contaba el momento
en el que Caperucita, con su voz dulce,
le pregunta al lobo disfrazado de la abuelita
por sus dientes grandes.

Marianela cogió aire
y se quedó en silencio un buen rato.
De repente, con su mano izquierda
cogió su dentadura postiza
y gritó con una voz fuerte:
- ¡Para comerte mejor!
¡Para comerte mejor!

Yo me asusté
y corrí a buscar la protección
de alguno de mis vecinos.
En ese momento,
mis vecinos eran para mí
como personas gigantes **inmortales**
con un buen corazón.

Inmortales: significa que no mueren nunca.
--

Mi vecino Alfonso me cogió
entre sus brazos fuertes
y le gritó a Marianela:
- ¡Por Dios, Marianela!
¡No asustes al chiquillo!

Me asusté mucho en mi primer encuentro
con Marianela y con la literatura.
Pero todos los días
esperaba con ganas
encontrarme otra vez con ella.
Ella llegaba, tomaba aire,
abría el libro pequeño
y empezaba a leerme un cuento,
un poema o un romance.

Ella siempre se despedía de mí
como **Sherezade**.

Con esta frase:

- Y esto no es nada comparado
con lo que te contaré el próximo día,
si estoy viva y si el rey me mantiene a su lado.

Sherezade: es una
mujer y es el personaje
principal de los cuentos
de Las mil y una noches.

Y mientras ella se iba por la calle Santos,
yo tenías muchas ganas de vivir
en esos mundos lejanos y fantásticos
que ella me contaba.

Yo imaginaba que la calle Pasión
era la **Isla de Mompracem**.

Y que en esa isla
me encontraba con Sandokán.

Sandokán es el protagonista
de las novelas escritas por Emilio Salgari.

Isla de Mompracem: está situada en el mar de Malasia.

Yo sacaba mi espada
y peleaba con los ingleses
hasta conseguir la Perla de Labuán.

La Perla de Labuán es el adjetivo
con el que se nombra a la novia de Sandokán
en las novelas.

Marianela solo me dejó ver el libro una vez.

Me lo enseñó para ver una lámina.

Ella me preguntó:

- ¿Qué es?

Yo le dije:

- Un sombrero como el tuyo.

Mientras pasaba de página

y me enseñaba otra lámina,

me dijo:

- No, mira bien.

Yo le respondí:

- ¡Eso es trampa!

Ella me dijo:

- No, es un **trampantojo**.

La vida está llena de trampantojos.

Con los libros aprenderás

que las cosas importantes,

no se ven con los ojos.

Igual que ahora

parece que ves un sombrero,

pero realmente es una **boa**

comiéndose a un elefante.

Trampantojo: trampa o ilusión con la que se engaña a una persona haciendo que vea cosas que no son.

Boa: es una serpiente grande y de colores vivos.

Durante mucho tiempo,
cuando veía a alguna persona con sombrero,
me imaginaba que había una boa dentro
y que en cualquier momento
la boa podía comerse su cerebro.

Un día le pregunté a Marianela:

- ¿Cómo pueden caber tantos cuentos
en un libro tan pequeño?

Ella guardó el libro y me dijo:

- Cuando sepas leer,
lo entenderás.

Cuando aprendí a leer,
me di cuenta que Marianela
no sabía leer.

Me di cuenta que se había aprendido
de memoria:

- Los romances.
- Los cuentos de las mil y una noches.
- Algunas partes del Principito.
- Los poemas de Antonio Machado.

Todo esto lo había memorizado
escuchando a un maestro
con el que salió y fue muy feliz.

En la calle Pasión había muchos niños.
Eran mis amigos.

Con ellos empecé a descubrir
los secretos de la vida,
los nombres de los pájaros
o de los territorios.

Con ellos jugaba, a la peonza
o a los bolindres, entre otros juegos.

Con ellos también cambiaba
gusanos de seda o tebeos.
Algunos tebeos que cambiaba
con ellos eran de:

- El capitán Trueno.
- Mortadelo y Filemón.
- Zipi y Zape.
- Rompetechos.

Mis primeras lecturas,
con las que disfruté muchísimo,
fueron estos tebeos
y un libro llamado:
Yo soy extremeño.

Tuve maestros buenos y malos.
De algunos no me quiero acordar.
De otros, sí
y siempre le daré las gracias.

Parvulitos: es como se llamaba antes a la Educación Infantil.

En primero de **parvulitos**,
recuerdo las tardes lluviosas con Doña Petra.
Escuchábamos cuentos en un **tocadiscos**.

También recuerdo las lecturas
de Doña Pupe, en tercero.
Nos leía un libro llamado Corazón.
Este libro lo escribió el italiano
Edmundo de Amicis.

Tocadiscos: es un aparato electrónico que reproduce sonidos grabados en un disco.

En cuarto, cada mes,
Doña Deme hacía concursos
donde nosotros escribíamos textos.
Ese año gané mi primer concurso de literatura.
Mi premio fue un libro llamado:
El viejo y el mar.
Había una dedicatoria que decía:
Sé **tenaz** como el viejo
y lucha por conseguir tus sueños.

Tenaz: cuando una persona se esfuerza por hacer o conseguir algo.

Mi madre se hizo socia
del Círculo de Lectores.
El Círculo de Lectores es un club
de lectura que se creó en España
en el año 1962.
Y empezaron a llegar a mi casa
muchos libros.
Mi madre, por miedo a equivocarse
y comprar algún libro peligroso,
pidió consejo a Juan de Dios.
Juan de Dios era un primo lejano
y vecino que leía mucho.

Los primeros libros fueron:
La isla del tesoro y Miguel Strogoff.

Juan de Dios me enseñó
todo lo que sé de **química orgánica**
y a jugar al ajedrez
en un tablero muy bonito.
Él fue la única persona que leyó
unos poemas que escribí
por un amor de verano.

Química orgánica:
ciencia que estudia la
composición de las
sustancias y cómo
pueden cambiarse.

A Juan de Dios no le sentaba bien
el calor de julio

y le ingresaban en **Ciempozuelos**.

Él siempre volvía muy triste,
andando por la calle Virgen.

Cuando dejaba la medicación,
volvía a ser él.

La última vez que lo vi,
fue unos días antes de irme al **internado**.

Ciempozuelos: es el
nombre de un pueblo
de Madrid.

Internado: es un
colegio donde los
alumnos estudian,
comen y duermen.

Juan de Dios me regaló el libro
llamado: El camino.
Y esa fue la primera vez
que me fui de la calle Pasión.

En el internado, Simón Viola,
fue mi profesor de literatura.
Fue una suerte.
Gracias a él conocí a escritores
como Poe, Herman Hesse y Dostoyevski.
Por eso, con mis ahorros,
me compré estos libros:
Narraciones extraordinarias
y El lobo estepario.

Volví a mi calle en otoño.
Solo había pasado una estación
del año y yo había cambiado.
Cuando pisé las piedras de la calle Pasión,
sentí que todo era más pequeño.
Como si las casas y mis vecinos
se hubiesen hecho más pequeños.

Por mi cumpleaños, mi madre me regaló
el libro llamado: Crimen y castigo.

En esa época yo no me cansaba de leer.

Quería descubrir cosas.

No me sorprendía por nada.

Hay libros, que cuando los terminas
de leer, hacen que seas otra persona.

Ese verano me leí estos 3 libros
y por este orden:

- Pedro Páramo.
- A sangre fría.
- 100 años de soledad.

Y cuando terminaron mis vacaciones,
tenía una gran necesidad de escribir,
de contar mis propias historias,
de ser escritor.

Compartí piso en Madrid
con un chico que robaba libros
y creaba **palíndromos**.

Palíndromo: son palabras o frases que se leen igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Por ejemplo: ojo o somos.

Era muy inteligente,
pero estaba triste.
Jugábamos al ajedrez
las pocas veces que coincidíamos en el piso.
Él tenía una cazadora vaquera
con dos forros y unos pantalones
con muchos bolsillos que no se veían.

Sus lugares preferidos para robar libros
eran la calle Claudio de Moyano y el **Rastro**.

Algunas veces, también robaba libros
en los grandes almacenes
y se saltaba los sistemas de seguridad.

Rastro: es un mercadillo de Madrid.

Cuando llegaba a casa con todos los libros,
rellenaba una ficha con los datos de cada uno
y los marcaba con un sello
que cogió de un banco,
para asegurarse y quedar la marca
de que eran de su propiedad.

Un día me invitó a que me fuera del piso.
Me dijo que yo le caía bien,
pero necesitaba mi habitación
para hacer más grande su biblioteca.

Antes de irme,
me regaló una mochila con libros.
Uno de los libros era El camino,
del escritor llamado Kerouac.
Y así fue como conocí a la Generación Beat.
La Generación Beat fue un grupo
de escritores de Estados Unidos
de los años 50.
Escribieron sobre temas
como el uso de las drogas
o la libertad sexual, entre otros.

En resumen,
estas son algunas de las situaciones
que han me han formado como lector
y como la persona que soy hoy.

Yo leo y escribo para vivir más y mejor.
Antes, buscaba respuestas en los libros.
Ahora busco libros que me hagan pensar
en preguntas, que me pongan nervioso
o que me hagan dudar.

Los libros hacen que no te conformes
con nada o que seas una persona rebelde.
Los libros te ayudan
a tener opiniones o a diferenciar.
En resumen,
los libros te enseñan a pensar
y a ser libre.

Las personas que se oponen a los libros
son aquellas que no tienen dudas,
que creen que lo que dicen
o piensan es la verdad absoluta
y que se niegan a las diferencias
en las culturas, creencias o pensamientos.

A lo largo de la historia,
estas personas quemaban los libros
porque pensaban que eran peligrosos.

Cada vez que puedo,
vuelvo a mi calle.

A la calle Pasión,
al paraíso perdido de mi infancia.

Quiero encontrarme con todas
aquellas personas que ya no están.

A veces creo que escucho a Marianela decir:

- ¡Para comerte mejor!

- ¡Para comerte mejor!

¡Me encantaría volver a escuchar
un cuento suyo!

Las buenas cosas de la vida son:

leer un libro en el balcón
de la casa donde naciste,
al calor del sol de invierno,
mientras una vecina
canta una copla de tu infancia.

Elogios de la lectura:

- 2002 *Elogio de los libros*. Álvaro Valverde.
- 2003 *El festín de Alejandría*. José Luis García Martín.
- 2004 *Tampoco a mí me gusta* (elogio adolescente de la lectura).
Javier Rodríguez Marcos.
- 2005 *Quijotes*. Antonio Sáez Delgado.
- 2006 *La lectora salvaje*. Isaac Rosa.
- 2007 *La vida silenciosa*. Ada Salas.
- 2008 *Sitio de todos*. José Antonio Zambrano.
- 2009 *La lectura como recompensa*. Irene Sánchez Carrón.
- 2010 *En el principio fue el sonido*. María Rosa Vicente Olivas.
- 2011 *La vida que nos damos*. Basilio Sánchez.
- 2012 *Inventario al infinito*. Javier Alcaíns.
- 2013 *Las palabras y las cosas*. Antonio Orihuela.
- 2014 *La lectura, qué gran misterio*. Pilar Galán.
- 2015 *Un libro, una pasión*. Laura Rosa Tardío.
- 2016 *¡Desenfunda, forastero!* Elías Moro Cuéllar.
- 2017 *El libro en la era del consumo*. Diego Doncel.
- 2018 *Los libros encendidos*. Javier Pérez Walias.
- 2019 *De la naturaleza mágica y misteriosa de los libros*. M^a José Flores.
- 2020 *Cuando un perro se queda sordo*. Diego González.
- 2021 *En un reino muy lejano*. Malén Álvarez.
- 2022 *Para comerte mejor*. Nicanor Gil González.

Día Internacional del Libro

23 de abril de 2022

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

<http://lecturaextremadura.juntaex.es>



JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Cultura, Turismo y Deportes